

Capítulo II EL MUNDO DEL SIGLO XV

El mundo del siglo XV era, desde la última glaciación, casi el mismo mundo geográfico que conocemos. Asia, Africa y América no necesitaron ser "descubiertas" por los europeos para forjar culturas milenarias tanto o más importantes que las de los portugueses "descubridores". La palabra "descubrimiento" tiene una carga ideológica inequívocamente europeocéntrica, que en nada contribuye a conocer la historia y el desarrollo multilíneal desigual, heterogéneo y combinado de los pueblos.

Las generaciones latinoamericanas -ideologizadas con esta óptica histórica- han ignorado la trayectoria de sus hermanos del mundo colonial. Hay que poner, entonces, de relieve el significado de esas culturas, no sólo para rescatar sus aportes a la humanidad sino porque fueron ellas las que permitieron a la clase dominante europea una rápida acumulación originaria de capital, antesala de un nuevo modo de producción.

Sin el estudio de las sociedades africanas, asiáticas y americanas es imposible explicar el vertiginoso proceso de saqueo de las principales riquezas de estos continentes.

Antes de la colonización de América, Asia y Africa, la economía y la política no eran mundiales. Los contactos más extensos se habían establecido entre Europa, el Norte de Africa, Medio y Lejano Oriente, con esporádicas incursiones de los árabes al centro de Africa en busca de esclavos. La tradición histórica de los imperios persa y grecorromano había sido recogida por los musulmanes, que desde el siglo VII al XIV constituyeron la avanzada de la civilización.

Heredero de esa cultura fue el **imperio otomano**, el imperio más extenso del mundo en el siglo XV. Había conquistado Irak, Siria, Crimea, el Oriente europeo (Yugoeslavia, Bulgaria, Hungría, Bosnia, Rumania, Moldavia, Transilvania, Grecia), Norte de Africa (Egipto, Trípoli, Túnez, Argelia). Las tierras del imperio eran del soberano, de Solimán I y sus descendientes, hecho que impidió una generalización de la propiedad privada y la conformación de una nobleza terrateniente estable. Por eso, los siervos de Europa Oriental recibieron con entusiasmo la llegada de las tropas turcas, que los liberaron puntualmente del yugo de los señores feudales. En consecuencia, cometen un error aquellos que califican de sociedad feudal al imperio otomano.

Las ciudades crecieron a tal punto que Estambul llegó a tener 400.000 habitantes: "En el siglo XVI era, sin comparación, la mayor ciudad de Europa".¹

La conquista que más afectó a Europa fue la toma de Constantinopla por los turcos en 1453, quedando así bloqueado el camino de Occidente. La burguesía comercial comenzó, entonces, a buscar una ruta transoceánica, bordeando las costas de Africa Occidental que ya venía explorando desde el siglo XIV.

El continente africano había tenido, al igual que otros, culturas con una evolución desigual y diferenciada. Junto a pueblos recolectores, pescadores y cazadores -como los bosquimanos- se habían desarrollado agricultores, alfareros y metalúrgicos, especialmente en las sabanas, además de culturas como la egipcia y la musulmana en el norte.

¹ PERRY ANDERSON: **El Estado Absolutista**, p. 384, Ed. Siglo XXI, México, 1979.

El reino de **Ghana** -formado hacia el año 300 por libios, bereberes y negros- alcanzó su máximo esplendor en el siglo X, bajo el dominio de la tribu "soninké". Fue conquistado por los almorávides y en el siglo XIII por Malí. La importancia de Ghana fue apreciada por los portugueses en 1470.

La cultura **Malí**, influenciada por musulmanes conversos, fue creada por la tribu "malinké". En su período de auge, del siglo XI al XIV, sometió al reino de Ghana y dominó la cuenca del Níger. Estas tribus, de descendencia matrilineal, declinaron en los siglos XVI y XVII.

En Nigeria, los "songhais" gestaron una importante cultura durante los siglos XV y XVI. Otro pueblo, al sur de Nigeria, formó la cultura de Benin, que trabajaba el hierro; entre los siglos XIII y XV tuvo un arte escultórico notable en bronce y marfil, con cabezas y relieves de corte realista.

Los musulmanes controlaban el comercio de ambas costas africanas, por el norte, y los comerciantes chinos la costa oriental, relacionándose con los reyes de Abisinia, con los cuales comerciaron después los portugueses.

Los portugueses -y quizá antes los mallorquines- fueron los primeros europeos en conocer las costas africanas, a través de su arribo a las islas Azores y Madeira. En el siglo XIV habían explorado hasta el Cabo Bogador, al sur de las Canarias, el llamado "finis mundi". Las Canarias, conocidas primero por los cartagineses, fueron conquistadas por los españoles a principios del siglo XV, sometiendo a los "guanches", que eran de origen africano.

Los ibéricos se lanzaron a la conquista de estas costas africanas, cambiando baratijas por oro. A partir del siglo XV las costas africanas fueron las principales proveedoras de este metal precioso que buscaba una Europa escasa en oro y plata.

Desde aquella época, comenzó la empresa colonizante europea que destruyó y socavó culturas milenarias, tentándolas primero con manufacturas a cambio de oro y, luego, con alcohol y mercancías a cambio de esclavos. En los primeros siglos de colonización, los europeos se establecieron en las costas. La conquista del interior africano recién en el siglo XIX. Hasta entonces, los pueblos del corazón de África Negra pudieron conservar sus culturas primigenias.

Los chinos habían llegado al África oriental antes que los europeos. Esa civilización -una de las más antiguas del mundo, junto a la egipcia y sumeria- se expandió comercialmente hasta el Océano Indico. También había irradiado la filosofía de Lao Tsé y Confucio al sudeste asiático. Alrededor del año 220 A.C. se logró estructurar, bajo el emperador Chin Shi Huang, uno de los primeros Estados, mediante la unificación del país en 36 provincias y el establecimiento de un código y un sistema de pesas y medidas. A comienzos de nuestra era, los chinos inventaron el papel y la tinta. En esa época ya elaboraban manufacturas textiles y metalúrgicas y trabajaban los metales con tecnología avanzada y empleo de mano de obra servil.

En el siglo X inventaron la imprenta y, luego, la pólvora, la brújula y los molinos de agua. Durante ese período de esplendor de la civilización china llegó el viajero italiano Marco Polo quien, en sus 18 años de residencia (1275-1292), pudo comprobar los avances culturales y técnicos de ese lejano país del Oriente, dándose cuenta de que era Europa la que tenía que aprender de China y no a la inversa. Recientemente, J. Needman ha demostrado que la ciencia y la cultura chinas eran más avanzadas que la europea de la época del Renacimiento.

China era también el país más poblado del mundo, con sus 60 millones de habitantes en el siglo XV, bajo la dinastía Míng que gobernó hasta el siglo XVIII. A través de las medidas de un Estado

fuertemente centralizado se generalizó la renta-impuesto en dinero, ejerciéndose un severo control de los mercaderes y artesanos. Sin embargo, la producción de mercancías no era decisiva en el mercado interno en relación a la producción de valores de uso. Esto fue determinante para que las actividades comerciales y manufactureras estuvieran al servicio del Estado, lo cual limitó las posibilidades de desarrollo de la industria.

En el siglo XV hubo mejoras notables de la agricultura y de su tradicional régimen de irrigación, considerado como el mejor sistema hidráulico de esos tiempos. Los avances de China en la elaboración de manufactura textil la hizo conocida entonces como "el país de la seda", sobre todo en batán (Indonesia), que constituía uno de sus principales centros de exportación.

En el siglo XVIII, cuando Europa ya pisaba los umbrales de la Revolución Industrial, los artículos manufacturados chinos resistían cualquier parangón. Es conocida la respuesta del emperador chino al rey de Inglaterra, Jorge III (1760-1820), con ocasión de la visita de un diplomático británico: "Como vuestro embajador pudo ver por sí mismo, poseemos todas las cosas. No tienen valor para mí los objetos extraños e ingeniosos y las manufacturas de vuestro país son inútiles para nosotros".

Durante muchas décadas, la mayoría de los autores y políticos opinó que China había sido un país feudal. Sin embargo, desde varios lustros se ha reabierto la discusión, a raíz de la publicación de ciertas observaciones a textos poco conocidos de Marx y de nuevas investigaciones que corroboran que no se puede hablar de un modo de producción feudal en ningún período de la historia china, aunque sin duda hubo formas de servidumbre, clases sociales y una élite de poder.

Estos nuevos estudios ponen de manifiesto que una de las pocas sociedades orientales que tuvo características feudales fue la **japonesa** hasta el siglo XIX. La lucha de señores feudales del este contra los del oeste de la isla se remonta a los primeros siglos de nuestra era. Después de rechazar la invasión de los mongoles, la dinastía Tokugawa mantuvo aislado al Japón. El desarrollo capitalista recién advino con la dinastía Meiji en la segunda mitad del siglo XIX.

La India tuvo mayor influencia que Japón en las sociedades orientales del siglo XV. Su modo de producción "asiático" se mantuvo durante varios siglos, a pesar de las reiteradas invasiones de musulmanes y mongoles. La religión budista y el comercio se expandieron por el sudeste asiático. Su expresión arquitectónica más relevante fue el Taj Mahal, construido en el siglo XVII, bajo el reinado de Yahan. Los portugueses (Albuquerque, Almeida, etc.) se instalaron en sus costas a principios del siglo XVI, logrando el monopolio comercial durante más de un siglo. Pero, no pudieron penetrar el interior de este inmenso país, que en el siglo XV tenía cerca de 50 millones de habitantes. Sólo alcanzaron a establecer factorías en la costa, en la desembocadura de los ríos, práctica colonizante que después siguieron los ingleses, franceses y holandeses.

Los europeos se dieron cuenta de que la India era una gran cultura tanto en lo artístico y filosófico como en lo económico. El sistema de regadío artificial había permitido una floreciente agricultura. Pero lo que más impresionó a los europeos fue el adelanto manufacturero de la India, especialmente los textiles, el trabajo en metales, cuero y madera, y los avances en la construcción de barcos y armamento. La manufactura hindú producía un excedente tan importante que los portugueses, ingleses y holandeses compraban a precios irrisorios esos productos, particularmente textiles, y los revendían en Europa y América colonial, en un grado que no ha sido apreciado para el proceso de acumulación originaria mundial de capital.

"En la India -escribe Ishwar Prakash- el siglo XVII fue una época de estabilización. La organización industrial del país durante este período era sólida y se producían artículos aptos para

comerciar en tal abundancia que, de manera global, el país no sólo era autosuficiente, sino que gozaba de un amplio excedente que era exportado a diferentes partes del mundo".²

Otro autor citado por A. G. Frank -Tapan Raychaudhuri- manifiesta que "el siglo XVII fue testigo de un aumento sustancial del volumen de las exportaciones indias (...) La competencia india llegó a ser una amenaza creciente para el comercio europeo en diversas partes del sudeste asiático".³

Este proceso de avance de la sociedad hindú fue cortado drásticamente por los fusiles y cañones ingleses a fines del siglo XVIII. Un siglo después, no quedaba ni rastros de aquella industria que había sido tan importante como la europea del siglo XVII.

A través de la India, los **musulmanes** hicieron sentir su influencia cultural al archipiélago indonesio, controlando el comercio entre oriente y occidente. Los indonesios y filipinos, especialmente los pueblos de Java y Siam, tuvieron un activo comercio oceánico, antes de la llegada de los portugueses.

Esa misma cultura musulmana -en su período de esplendor- había llegado al sur de Europa, no sólo a España y Portugal, que ya hemos analizado, sino también a Sicilia, Génova y Venecia, cuyas catedrales son testimonio aún de aquella magnificencia.

Mientras el resto de **Europa** estaba sumido en las luchas intestinas de los señores feudales y en una sociedad que apenas superaba la economía de subsistencia, **Florenia, Génova y Venecia** constituyeron los **estados-ciudades** más florecientes junto con **Roma y Sicilia**, que tenía tres ciudades de más de 20.000 habitantes. En el norte de Italia, cuyo epicentro era **Milán**, había alrededor de una veintena de ciudades importantes para una época en que no existían prácticamente ciudades en Europa, salvo las bañadas por el Báltico y las españolas y portuguesas que hemos ya mencionado.

Las ciudades italianas habían prosperado gracias a su industria artesanal y al activo comercio que realizaban con Oriente y España. Recordemos que los genoveses habían llegado a tener el monopolio comercial y usurario del Levante español. Venecia y Génova tenían una poderosa marina mercante que les permitía percibir parte del excedente de otros países por vía de las tarifas de transporte. Florenia era el principal centro de la manufactura textil y Venecia de la industria del vidrio, especialmente por sus famosos cristales. Estas ciudades también explotaban plantaciones azucareras en el Mediterráneo.

Las ciudades italianas habían logrado frenar el poder de los señores feudales en los territorios aledaños, como asimismo la reproducción de las relaciones serviles al interior de las urbes. Según Perry Anderson, "las ciudades italianas comenzaron como centros mercantiles, dominados por la pequeña nobleza y poblados de semicampesinos (...) los mercaderos, banqueros y manufactureros o juristas se convirtieron en élite patricia de las ciudades-república, mientras la masa de la ciudadanía la constituyeron muy pronto los artesanos".⁴

² Citado por A. G. FRANK: **La acumulación mundial (1492-1789)**, Ed. Siglo XXI, México, 1979, pág. 77.

³ Ibid., p. 78.

⁴ PERRY ANDERSON: **El Estado Absolutista**, Ed. Siglo XXI, México, 1980, p. 150. Ver también C. M. CIPOLLA (comp.): **La decadencia económica de los imperios**, Ed. Alianza, Madrid, 1973.

En los gremios artesanales residió la fuerza y, al mismo tiempo, la debilidad de las florecientes ciudades italianas; porque, por un lado, fueron la base de la exportación de manufacturas en un momento en que no había competidores, pero, por otro, su estructura corporativista impidió, en la era moderna, la adaptación al nuevo tipo de industria, basada en el trabajo asalariado. Paralelamente, hacia el siglo XVI, el "mundo" dejó de ser mediterráneo y las ciudades italianas no renovaron su armada ni su artillería como para disputarle los océanos a las nuevas potencias que emergían.

De todos modos, estas ciudades italianas eran, en el momento de la conquista de América, uno de los epicentros más notables de la cultura. De la Universidad de Bolonia, una de las más antiguas de Europa, y de otros centros de enseñanza surgieron numerosos científicos, cuyas investigaciones permitirán a Galileo elaborar su teoría sobre el movimiento de la tierra. Fruto de esa cultura fueron el Dante, Petrarca y Boccaccio, precursores del Renacimiento. Leonardo y Miguel Ángel simbolizaron la síntesis creadora de esa maravillosa cultura generada en las ciudades italianas.

Otro importante centro de la industria gremial del artesanado estaba en los **Países Bajos**, antigua zona habitada por los celtas y germanos y luego dominada por el imperio romano. En el siglo IV fue invadida por los francos merovingios y más tarde por los carolingios. Durante el feudalismo, se formaron los condados de Flandes y Brabante que, a partir del siglo XII, se constituyeron en una poderosa fuerza económica y militar. Florecieron las ciudades, con sus corporaciones gremiales y una plutocracia dominante en los tempranos municipios.

La materia prima, especialmente la lana para la industria textil, fue importada de Inglaterra hasta el día en que este país resolvió adoptar medidas proteccionistas para su manufactura naciente. Las ciudades de los Países Bajos, en particular Gante, se convirtieron junto a las italianas y españolas en los principales centros de la manufactura durante la Baja Edad Media. Al mismo tiempo, eran sede de la banca y de un comercio que se extendía hacia el este de Europa.

A fines del siglo XIV, los Países Bajos, de acuerdo al sistema de alianzas matrimoniales que imperaba en la nobleza medieval, pasaron a la Casa de Borgoña y un siglo más tarde a la de Austria, incorporándose así a la España de Carlos V. En 1579 hubo una insurrección popular contra el dominio español en siete provincias del norte.

Los Países Bajos, especialmente Holanda, jugaron un papel decisivo en el proceso de acumulación originaria del capital que se produjo después de la conquista de América.

Inglaterra al igual que Francia, Holanda, Bélgica, Suecia, Alemania y otros países de Europa central y oriental, no tuvo una importante tradición cultural sino hasta muy entrada la época medieval. Estas naciones europeas son, en el fondo, países jóvenes, sin manifestaciones culturales relevantes y sin influencia histórica sobre otras culturas hasta el medioevo. Por eso, es pura ideología su calificación de Viejo Mundo en relación a nosotros, el supuesto Nuevo Mundo. En todo caso, "viejo mundo" fue China, India, Egipto y Sumeria.

Las culturas griega y romana, herederas de los avances egipcios y sumerios, fueron indudablemente parte de un mundo que hizo aportes decisivos a la humanidad. Pero, Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y Alemania, eran zonas subdesarrolladas y dependientes de la dominación romana. Mientras esas regiones estaban sumidas en el atraso y en un proceso retardado de evolución, en América Latina florecían, a comienzos de nuestra era, las culturas de Teotihuacán, Maya, Monte Albán, San Agustín, Tiahuanaco y otras tantas. ¿Pueden acaso los franceses, ingleses, belgas, holandeses y alemanes mostrar algún aporte cultural de relevancia coetáneo con la cultura de Teotihuacán?

Inglaterra era uno de los países más subdesarrollados y atrasados de Europa a principios de nuestra era, período en que los celtas fueron dominados por las legiones romanas. Posteriormente, en el siglo V se produjo una nueva dominación, a raíz de las invasiones de tribus escandinavas y germánicas (los anglos y los sajones), unas de más bajo nivel cultural que otras. Alfredo el Grande logró una cierta unificación política en el siglo IX, pero nuevamente acaeció otra invasión: la de los daneses y normandos, que aportaron al desarrollo de Inglaterra.

Recién a partir de este proceso, se echaron las bases para un Estado feudal-monárquico. La Carta Magna, que los nobles lograron imponer a Juan Sin Tierra en 1215, ha sido magnificada por las clases dominantes y la historiografía tradicional, presentándola como un ejemplo de institución liberal. En rigor, fue el resultado de una transacción política entre el rey y los señores feudales que permitió a la monarquía integrar al aparato del Estado a la nobleza feudal. También fueron integradas las ciudades, que gozaron de ciertos privilegios pero no de la autonomía que disfrutaban las ciudades italianas, españolas, portuguesas y de los Países Bajos. Hasta los representantes del clero fueron incorporados al llamado Parlamento inglés. Se convirtió en el Estado monárquico-feudal más fuerte de Europa, pero, al mismo tiempo, menos absolutista que el francés, por el papel que desempeñaba el Parlamento.

Weber tenía razón en este punto al afirmar que la conformación política peculiar inglesa amortiguó la protesta social. Hasta el siglo XVI hubo menos rebeliones que en otras partes de Europa. Perry Anderson señala con certeza que con esta política "se dio una integración de la nobleza feudal al Estado más temprana que en otras partes".⁵

Esta centralización política más un ejército renovado, apoyado en la infantería, que reemplazaba gradualmente a la caballería, y en la contratación de mercenarios entrenados, le permitió a Inglaterra enfrentar la guerra de los Cien Años (1337-1453), con menos pérdidas materiales, aunque la Francia de Juana de Arco obtuvo triunfos resonantes. En aquella época, Inglaterra tenía cerca de cuatro veces menos población que Francia.

La estructura del Estado fue seriamente afectada por la guerra civil de las dos Rosas entre las Casas de York y Lancaster, recién superada con el advenimiento de la dinastía Tudor al poder. Con Enrique VII y, sobre todo, con Enrique VIII, el Estado monárquico-feudal se consolidó en el siglo XVI. Se regularizaron los ingresos fiscales y se expropiaron, con el apoyo de la nobleza, las tierras de la iglesia, medida que diferenció a Inglaterra de otros países europeos.

Los nobles aceleraron la explotación de los latifundios y estimularon un proceso que más tarde dio paso a la agricultura capitalista. "El capital agrario y mercantil había experimentado avances más rápidos que los de cualquier otra nación, excepto los Países Bajos".⁶ Surgieron así, los arrendatarios, los campesinos ricos y los asalariados rurales, junto a un campesinado semiservil con menos cargas tributarias que en Francia. "Entre los antiguos explotadores poseedores de la tierra -decía Marx- se crea un semillero de granjeros capitalistas. Su auge es particularmente rápido en determinadas circunstancias, como en el siglo XVI en Inglaterra, cuando la desvalorización progresiva de la moneda enriqueció a los granjeros a expensas de los terratenientes".⁷

⁵ PERRY ANDERSON: op. cit., p. 110.

⁶ Ibid., p. 137. Ver además, ASHTON y otros: **En torno a los orígenes de la Revolución Industrial**, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1978.

⁷ C. MARX: **El Capital**, T. I, capítulo XXIX.

Pierre Vilar anota que "la pequeña propiedad y el disfrute de los derechos había contribuido a desarrollar a partir del siglo XIV una clase rural precozmente comprometida en la producción artesanal y en la comercialización de los productos (...) El incentivo de grandes beneficios logrados con los pastos, debido a la extensión de la industria de la lana, trajeron como consecuencia una expulsión masiva de los pequeños agricultores (...) Tomás Moro en su **Utopía** habla del país donde 'los corderos se comen a los hombres'" ⁸.

De este modo, se fue generando un importante mercado interno, base para la estructuración de una sólida industria nacional. Para tal efecto, se establecieron medidas proteccionistas, comenzando por prohibir la exportación de lana a los Países Bajos y la importación de textiles de la India y de las ciudades italianas. Uno de los pasos más audaces fue dejar de producir paños finos -que solamente eran adquiridos por las élites- y comenzar a elaborar en gran escala paños corrientes de lana, factibles de ser adquiridos por la masa trabajadora y la pequeña burguesía urbana y rural. Paralelamente, se promovió una nueva división del trabajo, mediante el reemplazo gradual del artesanado por el trabajo a domicilio.

Estas sólidas bases socio-económicas y políticas le permitieron a Inglaterra sacar rápido provecho de las consecuencias que desencadenó en Europa el aluvión de metales preciosos provenientes de América.

La otra potencia que también estaba preparada para el reparto del botín colonial americano era **Francia**. Era un país joven que advino al mundo de las letras con la Chanson de Roland, sólo nueve siglos antes que Racine, Molière o Descartes. Esta región, atrasada, subdesarrollada y dependiente, habitada por tribus galas, "bárbaras" como las denominaban los "cultos" romanos, logró dar al mundo occidental europeo un Carlos Martel, que frenó el avance triunfal de los árabes de Poitiers y, al poco tiempo, generar con los francos de Pipino el Breve un Imperio, como el de Carlomagno, coronado emperador por el Papa en el año 800, y proyectado históricamente por su biógrafo, el monje franco Eginardo.

Sin embargo, este vasto imperio descansaba sobre bases económicas y políticas muy febles, por lo cual se desmembró tan rápidamente como había nacido. En esas condiciones, prendió velozmente un régimen feudal, caracterizado por interminables luchas intestinas entre los señores de la tierra, descendientes de las dinastías de los carolingios y capetos. Esta nobleza combatió contra los germanos, los italianos de las dos Sicilias y, también, con los ingleses por el control de la Normandía.

El Estado Nacional comenzó a gestarse lentamente, en medio de serias contradicciones de la monarquía con los nobles, durante el siglo XIII, con Felipe el Hermoso, quien convocó los Estados Generales en 1302. El débil sucesor de esta dinastía Capeto-Valois, Felipe IV, tuvo que enfrentar la guerra de los Cien Años con Inglaterra. Las primeras derrotas en Crécy y Azincourt fueron remontadas gracias a la intervención de las huestes enfervorizadas de Juana de Arco. Ese triunfo fortaleció la unidad y el sentimiento patrio, permitiendo a Luis XI reforzar el proceso de formación del Estado Nacional, que para entonces tenía cerca de 20 millones de habitantes, dos veces más que España y cerca de cuatro veces más que Inglaterra, a pesar de los estragos de la Peste Negra.

Las guerras de religión precipitaron una nueva crisis política y social, resuelta a medias por el Edicto de Nantes (1598), aunque siguieron las persecuciones contra los protestantes hugonotes, inspiradas en el fanatismo de los nuevos inquisidores. Estas guerras de religión fueron en el fondo

⁸ PIERRE VILAR: **La transición del feudalismo al capitalismo**, en F. HINCKER y otros: **El Feudalismo**, p. 60, Ed. Ayuso, Madrid, 1976.

guerras civiles, donde hubo insurrecciones populares y las primeras barricadas de la historia, expresadas en las luchas de la Liga de París.

El Estado, ya Nacional, tenía en el siglo XVI un menor grado de centralización política que el inglés; sufría constantes arrebatos de autonomía por parte de los señores feudales. Tampoco existía, como en Inglaterra, un régimen impositivo bien estructurado, aunque las entradas fiscales aumentaron en el período 1517-1540.

En este país de un 90% de católicos confesos, pudieron sobrevivir apenas algunos hugonotes entre los artesanos y comerciantes. En las ciudades, en pleno crecimiento, se configuraron los municipios, que tanta importancia tuvieron en la historia de la Francia moderna, como expresión de la rebeldía popular y del desarrollo artesanal y manufacturero. No obstante, la economía francesa seguía descansando en la producción agrícola durante el siglo de la conquista española de América.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.